

Christ is risen. I have seen the Lord.

(John 20:11–18)

This reflection was written for the New Frontiers in Preaching graduation evening prayer at the Aquinas Institute of Theology

By Emily Lugo, June 2025

She wasn't a likely candidate. She had no status. No voice in the eyes of her society. A woman, marginalized, overlooked.

So why her?

Why would God choose Mary to be the first preacher of the greatest message in all of human history?

Mary Magdalene is often called the "Apostle to the Apostles." In all four Gospels she is identified as a key witness to the Resurrection. In some accounts, she is the first to encounter the risen Christ... and the first to preach the Resurrection.

Mary Magdalene *experienced* the healing power of Jesus firsthand—he *saved* her. When he cast out seven demons from her, she didn't just find relief; she encountered the life-changing force of God's transformative love. Jesus didn't stop there—he *offered* her redemption and *called* her into his ministry.

At a time when society overlooked her worth, Jesus *saw* her, *knew* her, and *loved* her. His merciful love *called* something deep within her, and she *responded* with unwavering devotion.

God called, and she responded. She *showed up*.

She followed Jesus not just in moments of joy or comfort—but through the pain.

She listened to his words.

She witnessed his miracles.

She stood at the foot of the cross.

She showed up at the tomb while others walked away.

And because she showed up... she encountered the Risen Lord.

Showing up to discipleship is a response to love.

Let me ask you: *Where would we be today if Mary hadn't shown up?*

Where would we be if Mary hadn't gone to the tomb? If she hadn't lingered? If she hadn't been willing to receive the call?

In her grief and confusion, Mary stood outside the tomb weeping. She was *looking* for Jesus, but she didn't *recognize* him—until he spoke her name.

In that moment, she recognized him—not just with her eyes, but with her heart. She didn't just see an event—she *encountered* a Person. And she ran to proclaim: *"I have seen the Lord!"*

And that, my friends, is the essence of evangelization. Not recounting a story, but proclaiming someone we have *met*. Someone we have *encountered*. Someone who has called us by name and changed our lives.

If Mary hadn't shown up—she would have missed the voice that called her by name.

God is always looking for hearts willing to be present. Scripture is full of so-called "nobodies" who said *yes* to God—people like Moses. People like Esther. People like David. People like Mary of Nazareth... People like Mary Magdalene.

People the world thought were insignificant. But God used their "yes" to change history.

God doesn't need you to be perfect—He needs you to be *present*.

God needs you (and me) to *show up*.

Jesus has called each of us by name and is sending us to share the good news.

Like Mary, maybe you feel inadequate. Maybe you wonder, “*Who am I to preach?*” Just remember, it’s not about us. It’s about HIM. You don’t preach *yourself*. You preach *Christ*.

The gift of your faith is not just for you.
You have been called—not just to believe—but to proclaim.
You have been entrusted with the mission to say to the world:
“I have seen the Lord.”

From Mary Magdalene’s trembling voice to the apostles...
From the apostles to the early Church...
From house churches to cathedrals...
From generation to generation... the message has passed.

And now—it rests in your hands.

You are part of that same mission. That same witness. That same call.

Mary was the first... but she was not the last.
And the mission is not finished.
You are the next link in the chain.

Now YOU are invited to GO.
Proclaim what you have seen.
Bear witness to what you have heard.

Let the world know through your words, your life, your love:
Christ is risen. I have seen the Lord.

Amen.

(Spanish Translation – Spoken Reflection)

Reflexión para el Fin de Semana de Graduación

(Juan 20:11–18)

Ella no era una candidata probable. No tenía poder.

No tenía voz según los estándares de su tiempo.

Una mujer marginada, ignorada.

¿Entonces por qué ella?

¿Por qué Dios eligió a María para ser la primera en proclamar el mensaje más grande de toda la historia?

A María Magdalena a menudo se le llama la “Apóstol de los Apóstoles.” En los cuatro Evangelios se le identifica como testigo clave de la Resurrección. En algunos relatos, es la primera en encontrarse con Cristo resucitado... y la primera en predicar la Resurrección.

María Magdalena experimentó el poder sanador de Jesús de primera mano—Él la salvó. Cuando expulsó de ella siete demonios, no solo encontró alivio; se encontró con la fuerza transformadora del amor de Dios. Y Jesús no se detuvo ahí—le ofreció redención y la llamó a formar parte de su misión.

En un tiempo donde la sociedad no veía su valor, Jesús la vio, la conoció y la amó. Su amor misericordioso tocó algo profundo en ella, y ella respondió con una devoción inquebrantable.

Dios llamó, y ella respondió. Ella estuvo presente.

Siguió a Jesús no solo en los momentos de alegría—sino también en el dolor.

Escuchó sus palabras.

Fue testigo de sus milagros.

Estuvo al pie de la cruz.

Se presentó en la tumba mientras otros se alejaban.

Y porque se presentó... encontró al Señor Resucitado.

Presentarse como discípulo es una respuesta al amor.

Déjame preguntarles: ¿Dónde estaríamos hoy si María no hubiera estado presente?

¿Dónde estaríamos si María no hubiera ido a la tumba? ¿Si no se hubiera quedado? ¿Si no hubiera estado dispuesta a recibir el llamado?

En su tristeza y confusión, María se quedó afuera del sepulcro llorando. Buscaba a Jesús, pero no lo reconoció—hasta que Él pronunció su nombre.

En ese momento, lo reconoció—no solo con los ojos, sino con el corazón. No fue solo un evento... fue un *encuentro*. Y salió corriendo a anunciar: “¡He visto al Señor!”

Y eso, amigos, es la esencia de la evangelización.

No es contar una historia. Es proclamar a *alguien* que hemos encontrado. Alguien que nos ha llamado por nuestro nombre y ha transformado nuestra vida.

Si María no se hubiera presentado—se habría perdido esa voz que la llamó por su nombre.

Dios siempre está buscando corazones dispuestos a estar presentes.

La Escritura está llena de supuestos “Don Nadies” que dijeron sí a Dios—personas como Moisés. Como Ester. Como David. Como María de Nazaret... como María Magdalena.

Personas que el mundo consideraba insignificantes. Pero Dios usó su “sí” para cambiar la historia.

Dios no necesita que seas perfecto—necesita que estés presente.

Dios te necesita a ti (y a mí) para que nos presentemos.

Jesús ha llamado a cada uno de nosotros por nuestro nombre y nos está enviando a compartir la Buena Nueva.

Como María, quizás te sientas incapaz. Quizás te preguntes: “¿Quién soy yo para predicar?”

Solo recuerda: no se trata de ti. Se trata de ÉL.

No predicas sobre ti. Predicas a Cristo.

El don de tu fe no es solo para ti.
Has sido llamado—no solo a creer—sino a proclamar.
Has recibido la misión de decirle al mundo:
“¡He visto al Señor!”

Desde la voz temblorosa de María Magdalena hacia los apóstoles...
De los apóstoles a la Iglesia primitiva...
De las iglesias domésticas a las catedrales...
De generación en generación... el mensaje ha sido transmitido.

Y ahora— ese mensaje está en tus manos.

Tú eres parte de esa misma misión. Ese mismo testimonio. Ese mismo llamado.

María fue la primera... pero no fue la última.
Y la misión aún no ha terminado.
Tú eres el siguiente eslabón en la cadena.

Ahora TÚ estás invitado a IR.
Proclama lo que has visto.
Da testimonio de lo que has oído.

Haz saber al mundo, con tus palabras, tu vida, y tu amor:
Cristo ha resucitado. He visto al Señor.
Amén.